

Es curioso ver que al cabo de tantos años la ciencia ha venido a descubrir las propiedades esenciales de nuestra coca, y no como quiera, sino confirmando en parte la influencia de su principio activo en la parte moral del hombre, aunque este misterio esté todavía oculto entre las nubes de la duda, por falta de datos precisos. De aquí ha nacido que esta planta, que llamaban **sagrada** los antiguos peruanos, aunque utilizada por los sabios en beneficio de la humanidad, no preste absoluta confianza en la forma de **cocaína**, y que muchos sostengan que no es tan inocua como sus panegiristas lo aseguran.

Sea lo que fuere, hoy se hace un gran comercio con esta planta, y cada día toma incremento, sosteniéndose a un precio muy alto.

ARTICULO III

Pero dejemos esta materia y hablemos de otra que lo es de actualidad, más seria, triste, melancólica...

Una estrella acaba de apagarse. Usted y yo hemos acompañado hoy, a su última morada, los restos de una amiga que lo era de ambos. La espiritual, la amable poetisa Silveria Espinosa de Rendón acaba de morir dejando gran desolación alrededor suyo, y vacío lamentable en el mundo literario. Usted ha expresado su dolor con silenciosas lágrimas: justo es que yo la acompañe a usted tributando a tan cara memoria unas líneas, escri-

tas más con el corazón que con la pluma. Acepten usted y ella este ligero recuerdo amistoso.

Después de lo que el señor Torres Caicedo dijo de esta compatriota nuestra en un rasgo biográfico publicado en 1858, poco habría que agregar, ni en cuanto a la persona de tan distinguida escritora, ni en cuanto a su mérito moral y literario —bien conocido y apreciado dentro y fuera de nuestro país—, salvo algunos pormenores secundarios, que usted conoce, como yo, y que sólo quiero recordarle.

La señora Espinosa de Rendón nació en Bogotá, el año de 1815. Su padre, el señor don Bruno Espinosa de los Monteros, sujeto respetable y de buena posición, fue uno de los más antiguos impresores de esta capital. Sus hijos han conservado hasta hoy esa imprenta en que han visto la luz varias obras útiles, y que ha tenido un mérito que muy pocas cuentan: el de que de sus prensas no haya salido jamás una sola publicación, ni una sola palabra que pudiera hacer el mal, ya a un individuo, ya a la sociedad, pues en eso fue siempre inflexible la honorable familia Espinosa.

Viuda en temprana edad nuestra amiga, casó en segundas nupcias, en 1948, y de ninguno de sus dos matrimonios tuvo hijos. Por consiguiente, libre de los cuidados de la familia y de multiplicadas atenciones domésticas, con los recursos suficientes para vivir cómodamente, y dotada de clara inteligencia y entusiasta corazón, pudo cultivar con desahogo, desde sus primeros años, las letras y especialmente la poesía, satisfaciendo así una inclinación que era innata en ella.

Después de la época a que se contrae el escrito del señor Torres Caicedo hasta su muerte, conservó la frescura de una imaginación juvenil y el vigor de su pluma, más y más amaestrada con la experiencia y el estudio. En lo que publicó de 1858 para acá, se ve siempre la inspiración, la espontaneidad, la galanura y propiedad del lenguaje; y en todo ello campea la elevación de las ideas, el pensamiento profundo y la sensibilidad femenil, templado por un recto criterio y una sobria filosofía.

No es posible, ni me compete a mí, hacer un juicio, siquiera breve, de las principales de esas composiciones: todas las que yo pudiera citar, de las que han sido publicadas, las conoce usted perfectamente. Parece que ella deja no pocas manuscritas, que ojalá lo sean pronto en una colección completa.

Admira, en verdad, cómo con tantas dotes, y en tales favorables circunstancias, y teniendo además una imprenta en su casa, nuestra poetisa no fue otra Mlle. Scudery, que en el siglo pasado escribió volúmenes inmensos en prosa y verso. ¡Ya se ve, ésta vivió noventa y dos años! Aquélla con la admirable felicidad que tenía para escribir, y sobre todo para versificar, no produjo, relativamente, sino escasas composiciones, a lo menos que se conozcan. Pero en esto, como en otras muchas cosas, lo que importa no es la cantidad sino la calidad. Sabemos que ha habido quien gane fama de poeta con un solo soneto perfecto. La modestia de nuestra compatriota, tal vez cierta genial timidez, la propensión a huír del aura popular y de las alabanzas, hicieron callar más de una ins-

piración feliz, más de un raptó de entusiasmo; y la lira, siempre obediente, volvió a quedar colgada.

Dormía su numen a largos intervalos, pero despertaba en las ocasiones solemnes, al ruido de los grandes acontecimientos, de las tempestades políticas, de los huracanes revolucionarios, del hervor de las persecuciones. El amor profano no deslustró su plectro, ni su lira se vulgarizó con sentimentalismos románticos de mal gusto, que tan de moda han sido en este siglo en nuestras hojas periódicas llamadas literarias. Y es tanto más de admirar esta templanza y el no haberse contagiado de tal epidemia, cuanto que, habiendo enviudado segunda vez, cuando era todavía joven, su corazón quedó libre y su mérito le atraía no pocos admiradores.

Excusado es, por sabido, hablar de las virtudes de esta señora, ejemplo de su sexo en todos los estados de la vida. Una piedad ilustrada y digna—como fundada en el verdadero conocimiento de nuestra religión—, y un casto pero ardiente amor a la poesía, hija del cielo, fueron los dos polos de su vida, y la órbita en que giraba esa alma candorosa y tierna. Obrera incansable y paciente de la viña del Señor, hizo todo el bien físico y moral que pudo con sus escritos, con sus palabras, con su caridad, con sus ejemplos todos.

Hasta los últimos días de su existencia, y en medio de agudísimos sufrimientos físicos, conservó inalterable esa tranquila dulzura que formaba el fondo de su carácter, y que se revelaba en su tierna mirada; esa apacible conversación en que cada palabra que se desprendía, ya con tra-

bajo, de sus marchitos labios, se deslizaba suavemente del oído al corazón de su interlocutor. No se amortiguaron tampoco su amor a las letras, y su fortaleza moral, ni aún en los críticos momentos en que veía levantada ya sobre su cabeza la seguridad de la muerte. En la última semana de su vida, que se extinguía lentamente, estaba concluyendo un libro sobre educación, que deja como un legado a la juventud de su patria.

Pero al fin los plazos de la corta peregrinación terrenal son estrechos y fatales; para el llamamiento que tarde o temprano se nos hace, no vale excusa, ni hay lugar a segundo apercebimiento. El de nuestra amiga llegó, y ella, resignada, devolvió su espíritu al que se lo había dado. Fue la muerte del justo.

La flor de otros días no existe ya, pero su aroma se percibe aún en los pétalos marchitos de su disuelta corola; aroma que es el recuerdo de una vida angelical, y escritos que no morirán mientras haya en el mundo amor a la poesía.

ARTICULO IV

¿Me permitirá usted, mi buena amiga; otro paréntesis en nuestra correspondencia? Dije mal: yo no tengo con usted sino aquella media correspondencia que decía cierto sujeto, tener con Bolívar, porque él le escribía siempre y Bolívar nunca le contestaba.

Para hablar de nuestra amiga doña Silveria Es-